

EL PASADO EN EL PRESENTE

[En Inciarte, F., *Liberalismo y republicanismo. Ensayos de filosofía política*. Eunsa, Pamplona, 2001]

El 12 de octubre, fiesta todavía de la Hispanidad, pero ya no (*horribile dictu*) de la Raza, cayó en mis manos un artículo publicado en ABC sobre la cercana conmemoración de 1492, que me hizo reflexionar. En comparación con otras naciones europeas que he llegado a conocer mejor, en España falta una instancia efectiva entre el comentario diario y la especialización científica. Falta, en definitiva, lo que se podría llamar una república, no tanto de las letras como de las ideas.

En el fondo, se trata de la misma impresión que el artículo aludido expresaba, a propósito de dicha conmemoración: el temor de que no se la aproveche para –dicho en términos psicoanalíticos– racionalizar un acontecimiento tan importante para el pasado y el presente de España y del mundo.

Los temores parecen fundados a priori, pues siempre es más cómodo reprimir cosas desagradables que sacarlas a la luz, aunque eso lleve a neurosis colectivas. Al hablar de atrocidades, no me refiero sólo a las cometidas por los españoles en el Nuevo Mundo. Igualmente desagradables pueden resultar, según la posición ideológica que uno adopte, las proezas civilizadoras de nuestros antepasados por aquellas tierras. Es comprensible que no se quieran tocar hierros tan candentes, a no ser que se haga con pinzas. Comprensible, pero no justificable.

En este punto, la comparación con otros países puede ayudar a ver mejor lo que se pretende expresar. La nación que tiene que soportar actualmente una mayor carga histórica es, sin duda, Alemania. En la me-

dida en que los alemanes intentaron zafarse por represión psicológica, por *refoulement*, de la carga del *holocausto*, lo han tenido que pagar después con creces. Sin embargo, la discusión reciente sobre esos y otros hechos del pasado en los diversos medios de la República Federal es uno de los signos de mayor salud pública que conocen nuestros tiempos.

Se puede decir sin exageración que acerca de la historia alemana ya no hay ningún tabú, por lo menos impuesto por los alemanes.

En el extremo opuesto está, o ha estado hasta hace poco, Rusia, convertida en Unión Soviética. La desproporción que el eco del *Archipiélago Gulag* tuvo inicialmente en ella y en Francia, no habla en favor de la primera. Los cambios que a este respecto se advierten en los últimos tiempos en este inmenso país constituyen una de las esperanzas de regeneración europea. Como señalan sus intelectuales más directamente afectados, el gran problema histórico de Rusia ha sido siempre que, por falta de un acervo cultural tan denso como el de Occidente, la *Ilustración* tenía allí una clara tendencia a hacerse total, a empezar una y otra vez de cero, a perder pie en la realidad y absolutizar el futuro.

En cuanto a densidad histórico-cultural, España no se puede comparar a Rusia, por una parte, ni a Francia o Inglaterra, por otra. En España, el peligro de hacer tabla rasa del pasado no es tan grande como en Rusia, pero tampoco está del todo excluido. Desde mediados del siglo XVII hemos ido a la zaga, pero hasta entonces tuvimos bastante que decir, no sólo en el terreno de las armas ni por el Descubrimiento de América solamente.

De todas formas, es curioso que sean otras naciones europeas las que, tal vez por contar con una mayor difusión de ideas, con una auténtica república intelectual, lo estén volviendo a recordar a la opinión pública mundial de cierto nivel. Es curioso, pero no sorprendente, puesto que también entre los más chauvinistas se advierte hoy un notable esfuerzo por afrontar su propia historia con un espíritu más abierto, sin miedo a matar vacas sagradas.

Así se explica, para citar sólo dos ejemplos afines, la re-evaluación de que están siendo objeto ante un amplio sector del público la *Glorious Revolution* y la Revolución Francesa en sus respectivos países.

No se trata, sin más, de repristinar glorias pasadas. Se trata de llevar a la conciencia de todos nosotros, de la manera más desapasionada posible, lo que de luz y de sombra pueda haber.

Cualquier historia no es nunca puro pasado y, con frecuencia, es un presente reprimido. Se trata de entendernos mejor con nosotros mismos.

Es una cuestión pedagógica, terapéutica, en la que se debe acabar con los latiguillos baratos de uno u otro color con los que todos hemos sido educados en nuestra juventud, aunque no fuera más que porque flotaban y siguen flotando en el ambiente.

La simplificación tendenciosa nunca ha servido para mucho, a no ser para enardecer los ánimos por una causa más o menos comprensible o cuestionable. Pero, al menos en Europa, tales causas están pasando de moda. De lo que ahora se trata en nuestro continente es de llegar a una situación de paridad con nuestros vecinos más o menos próximos, no sólo en el terreno industrial, tecnológico o comercial. Porque con simplificaciones y latiguillos seguiremos a la zaga en otros campos. Y esto no se refiere tanto al terreno de la investigación científico-histórica a puerta cerrada como a aquél en el que se airean los resultados.

Latiguillos como el de que, a diferencia de los protestantes anglosajones, los españoles se preocuparon *de* y se mezclaron *con* otras razas. Esto es cierto, pero sólo cuando esas razas no eran demasiado bravas. Basta comparar la población actual de Chile con la del Perú, o la del norte de México –lindante con los Estados Unidos– con la del Centro y el Sur.

Latiguillos como el de que los españoles exterminaron también poblaciones indígenas enteras que no se les oponían, como en la Argentina. Ni tanto ni tan calvo.

Lo ocurrido en Argentina fue la mayor acusación concreta que se hizo en un congreso sobre Latinoamérica organizado el año pasado por mi universidad. Como de la Universidad de Münster salió la inspiración propiamente teológica de la *Teología de la liberación*, no faltó la elite mundial de esa corriente. Alguno de sus representantes se mostró desapasionado, aunque otros no tanto. En la conferencia inaugural, una acalorada diatriba antihispánica, Leonardo Boff llegó incluso a decir que hasta el siglo XIX no se habían creado universidades en Iberoamérica – hasta tal punto la península se despreocupaba de los intereses del subcontinente–. Todo ello envuelto en un canto de alabanza a la Unión Soviética desde Lenin.

Menos bochornoso, pero no menos significativo, fue lo referente a la Argentina. Un participante había aludido, con gran regocijo del público, al

latiguillo franquista de que a partir de la independencia, en América, todo, desde México a la Argentina, no había sido más que decadencia, cuando en realidad los estragos de los españoles en la población indígena... etc.

A la objeción de un historiador de que en esas cuestiones había que distinguir siempre *cuándo* y *dónde*, la réplica más contundente, el supuesto golpe de gracia anticolonialista fue precisamente la alusión al genocidio en la Argentina, perpetrado después de las Nuevas Leyes de Indias. En efecto, pero "tan después" que eso ocurrió pasada la independencia, cuando los unitarios –con los que Borges todavía se sentía solidario– abogaban contra los federales por terminar con el legado español mediante una fuerte inmigración europea a costa de la vida de los aún numerosos indígenas.

Si de aquel congreso quedó una cosa clara –y el espectro no podía ser más amplio– fue la necesidad de matizar y airear esas cuestiones, para bien de la honradez intelectual y, lo que es lo mismo, de la salud mental.

Aunque el tema general –Latinoamérica– me cogía un poco de refilón, me sentí obligado a participar en el congreso dada mi procedencia. Y la verdad es que al final no me pesó. El tema de mi sección era el de los derechos humanos. La sorpresa no fue pequeña al comprobar la importancia de la contribución del pensamiento español a la fundamentación del pensamiento político moderno basado en los tres principios de la democracia, de los entonces llamados derechos naturales y de la división de poderes; sorpresa semejante a la del descubrimiento de otro historiador inglés Jonathan Clarke, de que, a partir de la *Glorious Revolution*, en la Inglaterra del Siglo de las Luces prevaleció en la teoría y en la práctica una auténtica reacción contra esos principios hasta las reformas de 1832.

Cabría preguntarse por qué los españoles no vamos a poder disentir tan controvertida y desapasionadamente de nuestro propio pasado, el glorioso y el menos glorioso, a la luz pública, para bien de nuestra propia salud mental.

El hecho de que, por lo menos en la primera época de Franco, se trabajara con ahínco sobre los temas y autores a los que acabo de aludir –no sé si con acierto– no debería ser obstáculo para profundizar una vez más en ese mismo campo de importancia.

Por otra parte, desconozco si esos estudiosos españoles de la primera época de Franco se hacían eco, como los más recientes extranjeros, de la ambivalencia encerrada en la contribución de clásicos como Vitoria, Soto,

Molina y Suárez al pensamiento político moderno. Para citar sólo el ejemplo más llamativo por sus repercusiones en Hispanoamérica, Molina y Suárez consideraban que la enajenación del poder y de la voluntad por parte del pueblo y del individuo en favor del rey y del dueño, respectivamente, puede ser legítima.

Con ello, a pesar del clima democrático que ellos mismos promovieron, crearon las bases teóricas para justificar la esclavitud y el absolutismo. Ambos representaban un paso atrás con respecto a Ockham y Marsilio de Padua, semejante, aunque no tan pronunciado, al que dieron la mayoría de los autores políticos en la Inglaterra del siglo XVIII, respecto a Locke y otros. Un paso atrás denunciado con especial elocuencia por Rousseau.

Hacer un tabú del Descubrimiento de América y de sus secuelas cuando llegue el momento de conmemorarlo; abandonar la complejidad del tema a los especialistas, repercutiría desfavorablemente en el clima general de la así llamada Madre Patria.

Deducir que perder el miedo a sacar este tema a la luz pública vaya a repercutir favorablemente en ese clima, sería caer en una falacia. Pero no está de más que, de vez en cuando, la lógica ceda el paso a la cardíaca. Después de todo, lo dicho aquí no responde más que a una corazonada, a un temor, ojalá, infundado.